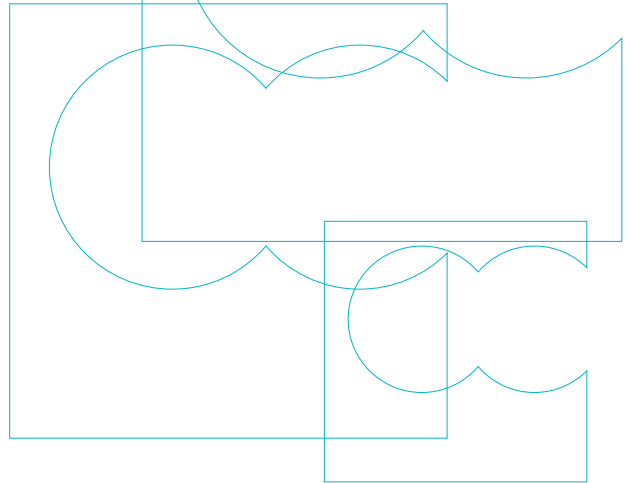


LA JUVENTUD EN LA PANDEMIA: ¿IRRESPONSABLE, INDIFERENTE, CULPABLE?

LARRAITZ MENDIZABAL USABIAGA

Técnica del Gabinete de Prospección Sociológica
de la Presidencia del Gobierno Vasco





En noviembre del año pasado, en una encuesta que el CIS realizó, se preguntó a la ciudadanía qué sector de la sociedad española estaba cumpliendo con menos rigor las medidas de prevención contra la Covid-19. Así, sin sugerir ninguna respuesta. Podríamos pensar que la gente respondería “habitantes de municipios pequeños”, “negacionistas”, o, yo qué sé, “presentadores y presentadoras de televisión”, “fumadores”, “futbolistas”, “políticos” o “inmigrantes”, a los que tantas veces se culpa de infinidad de problemas sociales. Pero no: seis de cada diez ciudadanos del Estado español afirmaron que “los y las jóvenes” eran los que menos cumplían esas medidas. Y no creo que la opinión fuera muy diferente en la CAPV. Pero, ¿realmente es así? ¿Se ha preocupado tan poco la juventud por cumplir las medidas para evitar la expansión de la pandemia?

El Gabinete de Prospección Sociológica de la Presidencia del Gobierno Vasco, en una encuesta realizada en octubre del pasado año, preguntó a la ciudadanía

sobre el grado de cumplimiento de algunas medidas contra la Covid-19. Cabe señalar que las y los jóvenes de 18 a 29 años afirmaron en menor medida que el resto de grupos de edad haber reducido el número de contactos directos, haber reducido la frecuencia de esos contactos, haber guardado la distancia de seguridad y haber utilizado la mascarilla en determinadas situaciones. La mayoría de las personas jóvenes dicen cumplir estas medidas, pero no tanto como las personas adultas. Así pues, atendiendo a la información facilitada por las personas encuestadas sobre su propio comportamiento, parece que, al menos en parte, los y las jóvenes cumplen con menos rigor las medidas preventivas.

A decir verdad, tienen razones para actuar así. Las opiniones sobre la efectividad de las medidas establecidas, las consecuencias de su incumplimiento y diversos factores estructurales condicionarían ese comportamiento; pero, en mi opinión, los motivos

principales son dos: por un lado, el miedo a enfermar e incluso morir puede ser una razón de peso para cumplir las normas, si realmente creemos que cumpliéndolas se reducirá el riesgo. Sin embargo, no encuentran razones para temer por su salud; desde el inicio de la pandemia ha quedado claro que no corrían ningún riesgo aun enfermado. Han visto cómo muchos de sus compañeros y compañeras pasaban la Covid-19 de forma asintomática o con síntomas muy leves. Por otro lado, las medidas preventivas atacan de lleno a las relaciones sociales, que constituyen el núcleo de la vida de la juventud. Perjudican enormemente a unos mecanismos que son fundamentales para el desarrollo psicosocial de los y las jóvenes, y les hace sentir que se están perdiendo un montón de oportunidades y momentos que no volverán. Así pues, el cumplimiento estricto de esas medidas implica un esfuerzo enorme; la magnitud del sacrificio que les exigimos no se corresponde en absoluto con el beneficio que obtendrán a cambio para su propia salud.

Si no han visto peligrar su salud, ¿qué les ha llevado a cumplir las normas, aunque sea en menor medida que los demás grupos de edad? El riesgo de enfrentarse a las multas puede haber influido, pero yo diría que el principal motivo para cumplir las medidas preventivas ha sido otro: la responsabilidad para con los demás o la solidaridad. Los y las jóvenes no tenían miedo a enfermar gravemente, y si, en general, han cumplido las normas a costa de un esfuerzo tremendo, ha sido por responsabilidad hacia los demás; es decir, para evitar que otras personas enfermen por su culpa. Por lo menos habrá que reconocerles eso, ¿verdad?

¿Estaríamos dispuestos los no tan jóvenes a renunciar a tanto por pura solidaridad?

La mayoría de los mensajes que nos han llegado sobre el comportamiento de los y las jóvenes durante la pandemia no hablaban de esa solidaridad o responsabilidad. En muchas de las imágenes y noticias difundidas por los medios de comunicación y las redes sociales, así como en las declaraciones de ciertas autoridades, se ha relacionado a la juventud con infracciones peligrosas, grandes aglomeraciones de gente, botellones y excesos festivos. Algunas de estas actividades que las autoridades sanitarias consideran peligrosas son injustificables, pero no es aceptable achacárselas solo a los y las jóvenes. Durante estos meses, quienes no son jóvenes también han hecho muchas cosas que ponen en peligro la salud (grandes reuniones familiares en Navidad, comidas o cenas de cuadrillas o de trabajo, estar sin mascarilla en las terrazas de los bares, acudir a la segunda residencia infringiendo las normas de movilidad, etc.). De esos comportamientos no se ha hablado tanto, ni se han relacionado con un colectivo concreto.

Los y las jóvenes no son solo esas personas que vemos bebiendo en la calle y participando en fiestas ilegales. También son jóvenes muchos de los profesionales sanitarios, que han soportado una enorme carga de trabajo y una tensión inmensa cuidando de nuestra salud; un montón de trabajadores y trabajadoras de supermercados, que mientras todos estábamos seguros en casa acudían a su puesto de trabajo poniendo

en peligro su salud; profesores y profesoras, que preocupados por el impacto de la pandemia en la formación de su alumnado se dedicaron a inventar recursos extraordinarios; muchas de las personas que cuidaron de nuestros ancianos en las residencias en la etapa más dura de la Covid-19; todos esos alumnos y alumnas que consiguieron sacar adelante sus estudios en unas circunstancias tan adversas, recibiendo clases online y teniendo que confinarse varias veces durante el curso; la mayoría de aquellos que al principio de la pandemia se organizaron para ayudar a las personas mayores que vivían solas; muchos músicos y gente del mundo del arte que nos hicieron el confinamiento más llevadero...

Por otro lado, ese mensaje que relaciona a la juventud con comportamientos irresponsables tiene otra consecuencia: identificar esas actitudes como el principal factor de difusión de la pandemia. Si en las noticias, las encuestas y las conversaciones ponemos el foco en las conductas individuales, corremos el riesgo de perder de vista aquellas medidas que son determinantes en la evolución de la pandemia (sanitarias, laborales, de movilidad, de bienestar social, etc.). Si en vez de dar a esas medidas la importancia que tienen nos centramos en lo que hace cada persona, es fácil considerar cierto comportamiento (sea prudente o irresponsable) como la causa principal de la evolución de la pandemia.

No es justo (y, además, es erróneo) identificar a la juventud con conductas que nos han puesto a todos y todas en peligro, ni presentar a la juventud como la principal responsable de las consecuencias de la pandemia. Además, esa identificación no aportará nada positivo de cara al futuro. La Covid-19 no ha afectado gravemente a la salud de los y las jóvenes, pero también sufren y sufrirán los terribles efectos de la pandemia. Según un estudio de Caixabank Research, la pandemia ha afectado mucho más a los ingresos de los y las jóvenes que a los del resto de la población; la juventud ha visto reducido sus ingresos cuatro veces más que las personas adultas. En los próximos años veremos en qué medida afecta la crisis económica derivada de la pandemia a esta juventud, que ya venían arrastrando desde hace tiempo una enorme precariedad.

Además, también hay que tener en cuenta los problemas de salud mental, que se están extendiendo especialmente entre los y las jóvenes por el aislamiento provocado por la pandemia, el no poder relacionarse y no poder llevar una vida autónoma. ¿De verdad queremos añadir a todo eso el sentimiento de ser los culpables de la catástrofe?

Desmontar esa imagen y ese mensaje de juventud irresponsable nos beneficiaría como sociedad, tanto para superar las consecuencias que esta pandemia nos ha traído, como para saber cómo actuar ante futuras crisis y emergencias.